

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Criterio y las primeras manifestaciones de la violencia insurreccional en Argentina: (1969-1970).

Guillermo Robles.

Cita:

Guillermo Robles (2005). *Criterio y las primeras manifestaciones de la violencia insurreccional en Argentina: (1969-1970)*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/314>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: “*Criterio* y las primeras manifestaciones de la violencia insurreccional en Argentina: (1969-1970)”.

Mesa Temática: Nº 33: “*Religión y sociedad en la Argentina contemporánea*”

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Escuela de Historia.

Autor: Guillermo Robles, Adscripto en Historia Argentina del Siglo XX.

Dirección, teléfono y dirección de correo electrónico: Corrientes 909 1º “4” (2000 Rosario); 0341+4485804; guille_robles@hotmail.com

En Argentina, la revista *CRITERIO*, se constituye desde 1928 en un lugar de encuentro, discusión y síntesis del catolicismo argentino, con el objetivo de rearmar una “inteligencia católica”¹. Sus sucesivos cambios de dirección editorial a lo largo de las décadas del siglo XX fueron impulsando también diferentes temas de interés y enfoques. En la década de los sesenta, la revista desarrolló a través de sus editoriales y de varios artículos una incisiva crítica de la realidad política argentina, inscripta en lo que algunos analistas describieron como “giro liberal”² (en comparación con sus orígenes en la década de 1930 que la acercaban a posiciones del nacionalismo de derechas), con el firme propósito de poner fin a las endémicas crisis institucionales y configurar un escenario democrático en el que compitiesen nuevas formaciones políticas. A tono con una época de renovación “modernizadora” en el campo de las ciencias sociales, el Consejo de Redacción de la revista reunió a un sólido grupo de intelectuales. A su director, el presbítero Jorge Mejía, lo acompañaban en el Consejo de Redacción o como colaboradores historiadores, politólogos y economistas como Carlos Floria, Juan Julio Costa,

¹ MALLIMACI, Fortunato. “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar” en AA.VV **500 años de Cristianismo en Argentina**. Buenos Aires, Centro Nueva Tierra, 1992; págs. 74-78. Para los orígenes de la revista ver también RAPALO, M.E. “La Iglesia Católica argentina y el autoritarismo político: la revista *Criterio*, 1928-1931” en **Anuario IEHS 5**. Tandil, UNCPBA, 1991; pág. 55.

² MONSERRAT, Marcelo. “El orden y la libertad: Una historia intelectual de *Criterio*” en GIRBAL BLACHA, Noemí y QUATTROCCHI WOISSON, Diana (dir) **Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX**. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999; págs. 186-191.

Felipe Freier, Rafael Braun, Marcelo Monserrat, Natalio Botana y Alberto Petrecolla.

Si bien ya desde antes de la realización del Concilio Vaticano II, muchos de los artículos de la revista originaron molestias a los sectores católicos más conservadores del país, la aparición en la década de los sesenta de publicaciones de grupos del movimiento católico adheridos a las nuevas corrientes radicales que se interrogaban sobre la posibilidad de acompañar una revolución armada, proponía a *Criterio* un nuevo desafío: el de preservar la unidad de la Iglesia, sin dar marcha atrás en la renovación conciliar, pero evitando al mismo tiempo la sangría de sus seguidores hacia opciones decididamente politizadas y ajenas a la estructura eclesial.

Agudización de las tensiones en el campo católico:

El historiador Loris Zanatta, especialista en el campo religioso, traza una cruda imagen de la historia eclesial argentina de las décadas del sesenta y del setenta:

“Desde el campo teológico al político, desde el terreno institucional al social, el mundo católico de la época parece un campo de batalla: la jerarquía fracturada, el clero dividido y en rebeldía, las vocaciones en crisis, el laicado falto de confianza o politizado sobre el telón de fondo de un enfrentamiento generacional, cultural, ideológico y político cada vez más agudo”³

El Concilio Vaticano II (1962-1965) generó tensiones de difícil resolución entre los católicos, sobre todo en el campo de la acción social y política. El *aggiornamento* conciliar sacudió en el plano teológico la fuerte matriz tomista que era tan característica en la cultura eclesial argentina, infligiendo un duro golpe al “mito de la nación católica” abonado trabajosamente desde la década de 1930. A partir de este momento, la misma jerarquía eclesial se vio obligada, a su pesar, a conducir una renovación que le parecía en sí misma riesgosa, intentando en ocasiones atenuar lo que consideraba excesos de innovación y en otras

³en DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris; op.cit; pág. 477.

directamente neutralizar los efectos de las resoluciones conciliares sobre la Iglesia argentina.

Con el reemplazo en la dirección de monseñor Franceschi por el joven padre Mejía – muy vinculado con los círculos europeos que promovían desde la década del cincuenta una profunda reformulación de la relación entre Iglesia y mundo moderno – la revista *CRITERIO* asumió la guía del “catolicismo conciliar” en el país, oponiendo al silencio de las autoridades eclesiásticas un rico debate sobre la contribución que los católicos argentinos podían ofrecer al Vaticano II. Para los integrantes de la revista había que resolver un problema de ausencia de la Iglesia en los debates del mundo contemporáneo, su virtual aislamiento respecto de su época. Implícitamente se ponía en discusión la idea de una Iglesia perfecta y triunfal, consagrada a purificar al mundo a través del apostolado jerárquico, manteniéndose fuera y por encima de él. Fue en torno a esa idea que se articuló el catolicismo argentino desde principios del siglo dando como resultado que, si bien la institución eclesiástica había adquirido gran poder de presión sobre el aparato estatal, había perdido sin embargo su capacidad de captar e interpretar los profundos cambios que se habían producido en la sociedad con respecto a los deseos, las costumbres y los valores.

Estos diferentes enfoques en torno al modo en que la Iglesia debía relacionarse con el Estado y con su entorno social y político, tuvieron ocasión de darse a publicidad entre 1964 y 1965, cuando las posiciones más extremas que se enfrentaban en el laicado y en el clero llegaron a chocar al calor del Plan de Lucha de la CGT. Por un lado se produjo una amplia movilización de los sectores progresistas del movimiento católico a favor del Plan, puesta en marcha primero por un grupo de docentes del seminario de Córdoba y alimentada luego por una gran cantidad de agrupaciones como el Centro de Investigación y Acción Social, el Movimiento Obrero de la Acción Católica o la Comisión Coordinadora de Equipos Sacerdotales. En el frente opuesto las organizaciones y los órganos de prensa del catolicismo nacionalista y tradicionalista, como el periódico *Cruzada* y la Sociedad para la Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad se lanzaron contra el Plan y contra los católicos que lo apoyaban.

Pero fue sin dudas el golpe de estado de junio de 1966 lo que produjo un efecto catalizador sobre los conflictos al interior de la Iglesia argentina. Las Fuerzas Armadas actuaron nuevamente como *partido católico* e instauraron un régimen militar que reconocía en la Iglesia y en su doctrina las fuentes de su propia legitimidad. Las tensiones entre los católicos se volvieron así abiertamente “políticas”, ya que sus divisiones comenzaron a producirse a partir de las medidas adoptadas, especialmente en materia social y educativa- por un gobierno que se proclamaba católico, como por el entusiasta apoyo que extensos estratos del laicado y de la jerarquía eclesiástica le aseguraron⁴.

El equipo de intelectuales de *CRITERIO* se abstuvo de sumarse al coro entusiasta que la *gran prensa*, la mayoría de los partidos políticos, las capas medias y diversas organizaciones católicas conformaron en los primeros meses del Onganiato. El tono de expectativa general en torno a la posibilidad de que el golpe de estado resuelva la crisis de inestabilidad política inaugurada en 1955 deja lugar más bien a ciertas reservas si se leen los editoriales de la revista en julio de 1966:

“...La revolución no se justifica por sí misma, ética y sociológicamente, aunque se autojustifique históricamente a sí misma en las proclamas. La revolución se habrá justificado en la medida que logre establecer un nuevo orden donde persona y comunidad, en tensión dinámica, encuentren su expresión a la altura de las exigencias de nuestro tiempo, y en nuestra circunstancia nacional. Y será probada en todo aquello que sugiera la restauración de sistemas que sólo reproducirían viejas derrotas.”⁵

Son muchos además los artículos en los cuales *CRITERIO* toma debida distancia de las organizaciones católicas que decidieron aportar sus integrantes en los diferentes niveles de la gestión gubernamental.⁶ Pero si bien el discurso de la revista en los años del Onganiato resultaba revulsivo para los amplios sectores integristas decididos a acompañar a la Revolución Argentina, también comenzará

⁴DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris; op.cit; pág. 517 Argentina.

⁵CRITERIO, “Análisis de la Revolución Argentina”; Editorial del N° 1503 del 14/7/1966; pág.485.

⁶Entre otros: “Los católicos y el cambio político” Editorial N° 1504 del 28/7/1966 ; “La prueba del poder” Editorial N°1506 del 22/8/1966; Comentarios del N° 1510 del 27/10/1966; Editorial N° 1544 de 28/3/1968.

a quedar descolocado frente al surgimiento de la experiencia sacerdotal de corte liberacionista, que no se sentirá satisfecha con una postura que será vista como demasiado moderada y más a tono con la problemática del catolicismo europeo de sociedades modernas y secularizadas que con la realidad que presentaba América Latina, donde el subdesarrollo y la “violencia institucionalizada” eran la contradicción más evidente a sus ojos.⁷

Esta última corriente al interior de la Iglesia tuvo su origen en el “Mensaje de los 18 obispos para el Tercer Mundo”, que, con la dirección del obispo brasileño Helder Cámara, fue lanzado el 15 de agosto de 1967. En Argentina 270 sacerdotes que adhirieron al mensaje realizaron su primer encuentro en Córdoba los días 1 y 2 de mayo de 1968, marcando el nacimiento formal del tercermundismo en el país. El compromiso de estos grupos cristianos frente a la sociedad los llevaba a luchar contra todo lo que oprimiera al hombre; de ahí que reaccionaran frente a las políticas autoritarias del Gobierno militar, y en su discurso comenzó a reforzarse la idea de la liberación nacional, entendida como una lucha contra el capitalismo y los imperialismos.⁸ Sus relaciones con el Episcopado hasta 1969 fueron tensas, pero no de ruptura. Pero a partir del Cordobazo la tensión pasó del campo religioso al campo político. Los sacerdotes liberacionistas sostuvieron que los hechos de Córdoba no tenían su explicación en las “organizaciones extremistas” sino en una situación común de opresión y de injusticia que justificaba la rebelión. La mayoría de sus seguidores convergieron con la izquierda del peronismo como opción de poder.

Autores como Peter Waldman, Richard Gillespie, y María Matilde Ollier destacan -en sus trabajos sobre la violencia armada en la Argentina de las décadas del sesenta y del setenta- los puntos de convergencia entre los sectores católicos radicalizados y las primeras experiencias de las guerrillas peronistas. Peter Waldman afirma que el clero fue uno de los grupos sociales cuya actuación fue determinante en la formación de las asociaciones guerrilleras y lo explica a

⁷Esta reflexión surge del comentario que la licenciada Claudia Touris realizara a la ponencia de mi autoría presentada en las Jornadas Interescuelas de Córdoba.

⁸GORDILLO, Mónica. “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973” en JAMES, Daniel. (dir). **Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)**. Buenos Aires, Sudamericana, 2003; pág. 346.

partir del intento poco hábil del gobierno de Onganía de conseguir una vinculación estrecha con la Iglesia. El hecho de que dicho intento no hubiese sido rechazado enérgicamente por la alta jerarquía eclesiástica, facilitó las cosas a aquellos sectores del bajo clero para que aflojaran los lazos institucionales de solidaridad y se pusieran totalmente al servicio de las formas más radicalizadas de la protesta política y social.⁹ María Matilde Ollier sostiene que la revista *Cristianismo y Revolución* constituye junto al peronismo revolucionario y al gremialismo combativo un “área de discursos revolucionarios común”, presentando en sus páginas a los sacerdotes liberacionistas en las movilizaciones estudiantiles, abriendo las puertas de los templos, solidarizándose con las víctimas de la represión y repudiándola, al tiempo que responsabilizan al gobierno militar por ella.¹⁰ Por último, Richard Gillespie reconstruye las relaciones entre los fundadores de Montoneros con el sacerdote Carlos Mugica y el ex seminarista Juan García Elorrio, director de *Cristianismo y Revolución*¹¹.

Teniendo en cuenta este marco de tensiones al interior del campo católico se aborda la lectura de diferentes artículos en los que la revista CRITERIO trata el tema de la violencia, ya sea en forma teórica o bien analizando algunos de los acontecimientos políticos en los que ésta se hace presente. Los problemas que orientarán esta lectura son los siguientes: ¿Cómo explicaban el origen de la violencia y qué carácter le otorgaban? ¿Qué actores justificaban (y como) el uso de la misma como método para resolver los conflictos de la sociedad? ¿Qué actitud se debía tomar frente a dicho fenómeno?

Criterio ante la violencia en la política:

⁹WALDMAN, Peter. “Anomia social y violencia” en ROUQUIÉ, Alan. **Argentina, hoy**. (2° edición). Buenos Aires, Siglo XXI, 1982; págs. 210 y 233-234.

¹⁰OLLIER, María Matilde. **El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)**. Buenos Aires, CEAL, 1986; págs. 24-26.

¹¹GILLESPIE, Richard. **Soldados de Perón. Los Montoneros**. Buenos Aires, Grijalbo, 1987; págs. 82-87. Este autor también señala la contribución de la revista *Cristianismo y Revolución* a la cultura política de la guerrilla peronista: “Para los Montoneros el periodismo de García Elorrio fortalecía el tercermundismo de su movimiento, su solidaridad con los oprimidos y su identificación con la luchas de liberación nacional del Tercer Mundo. Pero también les daba una actitud escatológica. La glorificación de los militantes que habían sacrificado heroicamente su vida por los oprimidos, en forma de homenajes publicados en la revista...ayudaba a preparar a los jóvenes radicales para una lucha político-militar que, con toda probabilidad, podía exigir su vida.”

Leyendo los artículos de la revista que durante el último tramo del Onganiato (junio de 1969 – julio de 1970) analizan el tema de la violencia en la política, se pueden apreciar diferentes estilos o manifestaciones de la misma : las “rebeliones” del Interior (como el Cordobaza y el Rosariazo) y los asesinatos de líderes políticos y sindicales (Vador y Aramburu). Pero también existió lo que los redactores denominaron “formas ocultas” refiriéndose al accionar propagandístico de grupos de ultraderecha y a la actuación de algunos agentes policiales.

Con respecto a los sucesos de mayo de 1969 en Corrientes, Rosario y Córdoba, *CRITERIO* afirmó que el cariz violento de los mismos hubiese podido ser evitado si el área del Ministerio del Interior, la Secretaría de Gobierno y las autoridades de las universidades intervenidas hubiesen tenido un manejo diferente del conflicto que se suscitó en el Comedor Universitario de la Universidad del Nordeste y que generó protestas callejeras, con el saldo de varios manifestantes muertos en las tres ciudades. A las autoridades universitarias¹² les reprochó que hayan hecho intervenir a las fuerzas policiales en el conflicto que mantenían con las agrupaciones estudiantiles (algunas de las cuales, que la revista se cuida de mencionar, pertenecían a corrientes del integralismo católico), provocando de esa manera una represión desmedida. Al Ministerio del Interior se le reclamó su ineptitud para apaciguar el conflicto, ya que lo idóneo hubiese sido destituir a unas autoridades universitarias que comenzaban a ser cuestionadas no solo por el claustro estudiantil sino también por la mayoría de los profesores. Pero lo que más descalificó es la tergiversación de la información de los acontecimientos a la opinión pública y la actitud de otorgarle la exclusiva paternidad de la protesta –que en su fragor contó con la participación de organizaciones obreras, colegios profesionales y hasta entidades empresariales- a las “organizaciones de extrema izquierda”, desconociendo de esa manera una crisis política de más vasto alcance. Además evaluaron que desde Interior no tuvieron la firme de decisión de castigar inmediatamente a los agentes responsables de las brutalidades en la represión:

¹²De todas maneras se diferencia la actitud “lúcida” del rector de la Universidad de Rosario, que se cuidaba de atacar verbalmente a los agrupaciones estudiantiles, de los desaciertos de los rectores Devoto y Walter de la Universidad del Nordeste. (en *CRITERIO* N° 1573; 12/6/1969; “El fracaso de una política”, págs. 359-360).

“ ...Lo que más indigna es ver que las autoridades nacionales y provinciales ‘cubren’ todos los excesos de sus subordinados, creándose en sólo 48 horas un estado de ánimo de inseguridad y temor ante el uso manifiestamente arbitrario de la fuerza por parte del poder político.”¹³

Por último, a la Secretaría de Gobierno se le enrostró que las “rebeliones del Interior” eran el resultado de una política de “centralismo unitarista” que designaba a gobernadores y decanos que no eran originarios de las provincias que debían conducir o bien pertenecían a los sectores más conservadores de las mismas.

Los redactores de *CRITERIO* leyeron la irrupción de la violencia en el escenario político argentino durante los meses de mayo y junio de 1969 como el rotundo fracaso de la política paternalista del gobierno de Onganía en sus relaciones con la sociedad civil. Con tono dramático se anunciaba que:

“...la república se ve una vez más sometida a crueles enfrentamientos entre hermanos, debiendo decidir en el calor de la guerra lo que no supieron sus dirigentes preparar durante largos meses de paz.”¹⁴

Otro peligro que se cernía sobre el escenario político nacional con la irrupción de la violencia callejera era la posibilidad de desembocar en una dictadura que niegue los más elementales derechos humanos. De hecho, los redactores enumeraban una serie de indicios (violación a la libertad de reunión y expresión pública; veda del acceso a la radio y a la televisión de los que no pensaban como el Gobierno; allanamiento de domicilios y detenciones sin permiso judicial) de que ese era el camino tomado por Onganía.¹⁵

La revista insistía en que lo que se estaba viviendo –sobre todo luego del Cordobazo- era el prólogo de una guerra civil, realizando un paralelo con la situación de la España de 1936¹⁶.

¿Qué actitud se debería tomar frente a tan dramático escenario? En primer lugar, los ojos se vuelven hacia el Ejército, al que se le reconoce como el único actor que fue capaz de paliar el colapso de la autoridad política. Por lo tanto las

¹³ Idem, pág. 360.

¹⁴ Idem, pág. 359.

¹⁵ CRITERIO N° 1573; 12/6/1969; “El fracaso de una política”; pág. 363.

¹⁶ Idem; “Apostillas a la rebelión”; pág. 377.

Fuerzas Armadas deberían intervenir también en la elección de nuevas autoridades en el Ministerio del Interior y en las universidades. El Gobierno además debería dejar de pensar en perpetuarse en el poder y preparar una salida ordenada que permita el surgimiento de un régimen político democrático, constitucional y pluralista.¹⁷ Pero el mismo grupo de redactores sostenía que frente a una protesta –que en determinado momento había escapado del control de los dirigentes obreros y estudiantiles para responder al flujo y contraflujo de la contienda callejera y que más tarde asistió a la aparición de francotiradores en los techos de los edificios- necesitaba de “un diagnóstico en continua elaboración y vigilancia”¹⁸ . En primer lugar, se elabora una suerte de sociología de la intervención en la rebelión:

“Obreros que desbordaron a sus dirigentes, estudiantes que quisieron hacer sentir la presencia de una suerte de ‘poder estudiantil’ del cual se habla en todo el mundo, técnicos de la subversión, delincuentes comunes, y la vigencia de un estado colectivo de indignación o de condena moral a la represión...”¹⁹

Los componentes de la misma constituían un entramado demasiado complejo para acordar con el Gobierno en atribuir el Cordobazo a una conspiración minuciosamente organizada por la izquierda revolucionaria, con el apoyo del comunismo internacional. Por el contrario, los hombres de Criterio, denunciaron a los “teóricos de la conspiración” y es a ellos a quienes les endilgaba una mentalidad para la cual no existen los claroscuros y que:

“está dispuesta a utilizar técnicas familiares a todos los extremismos. Entre otras, la propaganda y el terror, es decir, la incalculabilidad de las sanciones...”²⁰

Interfiriendo en algunas voces de la sociedad que confiaban en el poder disuasivo de las armas de los militares para enfrentar a aquellos revolucionarios embarcados en la conquista del poder, Criterio advertía a los miembros de las Fuerzas Armadas de los inciertos resultados de una intervención frontal en tan complejo escenario:

¹⁷Idem; “El fracaso de una política”; pág.362.

¹⁸Idem; “Apostillas a la rebelión”; pág. 377.

¹⁹Idem; pág. 377

²⁰Idem; “Apostillas a la rebelión”; pág. 377

“...a veces los militares demuestran una arrogante ignorancia de las tendencias políticas y no saben percibir cuando tienen delante ‘un enemigo digno de ellos’ que se ha ido estructurando poco a poco, y cuándo, de tanto habituarse a ‘controlar situaciones difíciles’, no advierten que se han distanciado tanto del pueblo que ya no lo reconocen más, mientras en buena parte de éste se va creando, de frustración en frustración, la tentación de una ‘fuga hacia adelante’, de una salida desesperada.”²¹

En definitiva, el uso de la violencia estatal no aseguraba un resultado exitoso por lo abigarrado de la coalición social a la que debía enfrentar y había que ensayar, por lo tanto, otras respuestas, en la que se avizoraba sí, la posibilidad de aislar a los grupos de extrema izquierda de los demás actores sociales que participaban en las protestas urbanas. Es por ello que, en una editorial titulada “Entre la subversión y la renovación”, se apela, en una suerte de intento por sostener la autoridad presidencial frente al caos que podría significar el reciente asesinato del dirigente gremial Augusto Vandor, a los círculos del nacionalismo de derecha recientemente desplazados del Gobierno y a los grupos liberales del establishment, para que cesen sus actitudes “golpistas” al interior de la Revolución Argentina y que distingan al “enemigo que sólo busca el deterioro de la autoridad”²².

La gravedad que suponía la eliminación física de un posible interlocutor del ámbito gremial moderado, como era el dirigente metalúrgico, frente a la eclosión de los sectores “duros” y “combativos” de la mano de la CGT de los Argentinos, pareció indicar el camino de un reacercamiento a las facciones tanto nacionalistas como “aramburistas” de la derecha por parte de los intelectuales de Criterio, así como un intento por revitalizar la presencia del gobierno de Onganía a través del nuevo Ministerio del Interior y de la CONADE, en un desesperado intento por operar una:

“reconciliación orgánica del poder y de la opinión, a fin de institucionalizar los medios que permitirán la renovación de la Argentina y el desaliento de la subversión”²³

²¹Idem; “Apostillas a la rebelión”; pág. 377

²²CRITERIO N° 1575; 10/7/1969; “Entre la subversión y la renovación”; pág. 441.

²³Idem.

La elaboración del diagnóstico que los escritores de CRITERIO se propusieron elaborar a partir de los sucesos del Rosarizao y del Cordobazo, toma nuevo rumbo a partir del asesinato de Vandor y de las explosiones en los locales de la cadena de supermercados Mínimax (en ocasión de la visita de Rockefeller) durante la primera semana de junio de 1969: del desborde callejero de un amplio movimiento de protesta se ha pasado a la entronización de la violencia como forma de acción política. Es por eso que frente a dicha coyuntura, si bien manifestaron cierto recelo por las advertencias que desde el Ministerio del Interior se dirigieron a la Iglesia acerca de la participación de algunos de sus miembros en la CGT-A, recordándole sus presuntos deberes de apoyo al Gobierno, señalaron también que:

“es incuestionable que el Estado no puede permanecer pasivo ante la apología de la violencia insurreccional en que parecen complacerse ciertos grupos clericales, amparados en su investidura”.²⁴

Con esta afirmación *Criterio* tomaba distancia de los grupos que al interior del catolicismo se embarcaron en un camino más comprometido con el surgimiento de una nueva oposición, desviándose así del camino de la renovación conciliar para transitar el de la revolución o el de la liberación, a la vez que los dejaba librados a su suerte frente a su inminente persecución. Posteriormente, de todas maneras, insistirá en la necesidad de agudizar y precisar el diagnóstico que permita precisar los contornos del colectivo que se erigía en enemigo del orden, al descalificar –también al interior de la propia Iglesia- a aquellos grupos embarcados en una suerte de “caza de brujas” contra sacerdotes y laicos a los que acusaban sin pruebas consistentes de pertenecer a algún tipo de conspiración marxista internacional.

Los intelectuales de *Criterio* construyeron dos tipos de imágenes de la violencia, ambas negadoras del tan necesario diálogo nacional: una, con más titulares en los grandes diarios, simbolizada por el “cascote o la bomba molotov” y otra, “sorda y subterránea” que sancionaba con el rótulo de “subversivas” a personas e instituciones desde las páginas de órganos de prensa o desde

²⁴CRITERIO N° 1575; 10/7/1969; “La entronización de la violencia”; pág. 451.

manifestaciones públicas que eludían sorpresivamente el estado de sitio. Frente a este último tipo de violencia, encubierta y protagonizada en nombre de la preservación de la Iglesia, se apeló a la jerarquía eclesiástica para que ponga los límites necesarios a los integrantes de grupos como los Macabeos del Siglo XX o el órgano de difusión “Tradición, Familia y Propiedad” del Movimiento Nacional de Juventudes Anticomunistas²⁵.

Sin embargo, para explicar el origen de ambos tipos de violencia, los intelectuales de CRITERIO prefirieron hacer hincapié en el problema de las mentalidades o las actitudes, trasladando el debate del plano económico-social al de los valores. Para ellos fueron los “esquemas ideológicos puristas” los que condujeron a determinados grupos a emplear la fuerza para lograr sus objetivos, primando más la preocupación por “objetivos abstractos” que por la situación de los “hombres concretos”. Y esta actitud era común en ambos campos enfrentados: el del “orden” y el de la “revolución”, ya que tanto unos como otros:

“...exhiben las cosas como si fuera la lucha entre el Bien y el Mal, de tal modo que todo el bien está de un lado y todo el mal en el otro. No hay claroscuros. No hay medias tintas. Ambos se presentan como el ‘purismo’ político y la reparación moral. La experiencia histórica...enseña sin embargo, que la verdad no se da sin sombras, y que la lógica de los ‘puros’ es al cabo inexorable con los hombres concretos a quienes dice salvar.”²⁶

En el comienzo de la década de 1970 la revista señalaba dos datos extremos de potencial gravedad que se hacían presentes en la cotidianidad de los argentinos: el *terrorismo* y la *tortura*. El primero, motorizado por el campo de la “revolución”, buscaba la resonancia en la opinión pública con el fin de entusiasmar a los adherentes a la rebelión y de demostrar que el régimen, que hacía del orden uno de sus slogans más preciados, no tenía una capacidad infinita de respuestas y era al fin vulnerable. Lo más peligroso de esa actitud era la posibilidad de estimular –en el “campo del orden”- una represión que afecte no sólo o no tanto al terrorista como tal, sino a la sociedad en su conjunto. Sucedió así entonces, que con la instauración del “estado de sitio” comenzaban a detenerse a personas

²⁵CRITERIO N° 1578, 28/8/1969; “Las formas ocultas de la violencia”; págs. 578-9.

²⁶CRITERIO N° 1594, 23/4/1970; “El doble juego de la violencia”, págs. 243-4.

mediante procedimientos que no necesitaban órdenes judiciales y sobre las cuales se aplicaban luego métodos de tortura entre los cuales la “picana eléctrica era solo uno de los tradicionales”²⁷.

El Rosarizao de septiembre de 1969 vuelve a poner en la mira de los analistas de CRITERIO a la figura de Onganía, y a las Fuerzas Armadas como el único actor capaz de resolver los conflictos y de lograr recuperar la calma. Según los editorialistas el presidente no cumplió con las expectativas de renovación del personal ministerial, pues consideraban que el nuevo ministro del Interior, el general retirado Imaz, era resistido por las Fuerzas Armadas y venía además a continuar la política paternalista. Con respecto a los sucesos de Rosario, recriminaron al Gobierno el hecho de haber dado marcha atrás en la anunciada movilización militar de los trabajadores ferroviarios en huelga para que no pudiesen llevar adelante la misma. Tampoco encuentran una explicación racional a la impotencia gubernamental para prevenir los efectos de una huelga activa previamente anunciada, habiéndose proclamado el estado de sitio y teniendo el recurso de las informaciones que debería recibir de sus servicios especializados. La conclusión a la que arribaron es que el país se encontraba, en septiembre de 1969, frente a una situación de “vacío de poder” como la que dio lugar en el primer semestre de 1966 a la intervención de las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, resultaba complicado para los editorialistas establecer una consideración serena y racional de la situación debido a la desinformación y a la confusión que provocaban las decisiones tanto del campo gubernamental como del campo sindical.

El protagonismo adquirido por los sindicatos en el Rosarizao llevó a los intelectuales de Criterio a proponer también un cambio en la orientación del Ministerio de Economía, que hasta el momento prácticamente no había sido cuestionado, afirmándose que el mismo no podía seguir siendo concebido como un mero ministerio técnico:

²⁷Idem, pág. 244.

“Aquí también deberá instrumentarse la participación en la programación, dándosele a los sindicatos una ocasión para colaborar en la elaboración de una política económica global que no se agota, por cierto, en la política salarial.”²⁸

Un aspecto del que también se ocuparon los redactores de CRITERIO fue el modo en que el Estado debía enfrentar la ola de violencia política. En este sentido sus páginas se hicieron eco de las denuncias en torno a la existencia de un sistema policial “subterráneo” que recurría a la intimidación y a la tortura para obtener información de las personas apresadas que habían participado en los hechos violentos. Pero además no dejaron de señalar que estas fuerzas policiales perseguían solo a los sospechosos de pertenecer a agrupaciones izquierdistas a la vez que encubrían el accionar –igualmente delictivo- de los grupos de ultraderecha. Ante esta situación reclamaron el respeto a la ley y a las garantías judiciales con la consecuente subordinación de las fuerzas policiales al Estado, evitándose que las mismas constituyeran algún tipo de estructura autónoma²⁹. En sintonía con estas inquietudes, la revista ofreció todo tipo de reparos frente a una nueva ley – de mayo de 1970- que establecía el procedimiento oral para los delitos relacionados con el terrorismo o que afecten a la seguridad del Estado. Dicho procedimiento terminaría –a ojos de los comentaristas de Criterio- por poner en manos de la policía una parte sustancial del proceso judicial, sin las garantías necesarias de supervisión por parte de los jueces del trato recibido por los presos en las cárceles.³⁰

El asesinato del ex presidente Aramburu en junio de 1970 –en lo que fue la primera acción espectacular de la guerrilla urbana peronista Montoneros- aceleró el relevo de Onganía del gobierno de la Revolución Argentina.³¹ El día 2, cuando

²⁸CRITERIO N° 1581; 9/10/1969; “La hora de las decisiones”, pág. 682.

²⁹CRITERIO N° 1593; 9/4/1970; “Rapto y autoridad”, pág. 221; y N° 1594; 23/4/1970; pág. 258.

³⁰CRITERIO N° 1595; 14/5/1970; “¿El primer triunfo del terrorismo?”, pág. 298.

³¹Aramburu fue secuestrado el día 29 de mayo –día del Ejército- mientras simultáneamente se producían actos de violencia callejera en Córdoba, Rosario, Tucumán, La Plata, Santiago del Estero y en Tucumán estallaban dos bombas. El día 2 de junio circuló un comunicado de “PV-Montoneros” que anunciaba que el ex presidente secuestrado había sido sometido a un “juicio revolucionario” y condenado a muerte. El 8 de junio, Onganía es obligado a renunciar a la presidencia de la nación.

aún no se tenían noticias oficiales sobre la suerte corrida por el ex presidente, la revista Criterio calificó la acción de los secuestradores como “violencia privada ejercida en contra de hombres que se han desempeñado en cargos públicos”³² Pero a dos meses de la caída de Onganía, en una editorial titulada “¿Violencia o Conciliación Nacional?” se detuvo a analizar el hecho con mayor profundidad.

En primer lugar inscribió el suceso no como un acto aislado sino como el resultado de un programa cuidadosamente elaborado -conectándolo con el asesinato de Vandor ocurrido un año atrás- que creaba una situación de guerra civil incipiente. Presumía que esta metodología de la violencia estaba sustentada por grupos constituídos principalmente por intelectuales provenientes de clases medias y altas con variada inspiración ideológica. No eludió el tema de la participación de católicos en la conformación de estas agrupaciones:

“Los que han seguido de lejos los acontecimientos se han sorprendido de ver comprometidos a miembros activos de la Iglesia, cuando en realidad lo inesperado hubiese sido lo contrario, ya que la apología de la violencia revolucionaria ha sido libremente predicada en los últimos tiempos.”³³

Es que para los redactores de Criterio, la profunda crisis que estaba viviendo la Iglesia Católica – que junto con la Universidad encarnaban de algún modo el “poder moral” y orientador de la sociedad- ponía en vulnerabilidad a amplios sectores de la juventud que adoptaban orientaciones cada vez más radicalizadas en el marco de una sociedad políticamente bloqueada y con graves problemas estructurales. De esta manera explicaba el éxito del predicamento – aunque sin nombrarla explícitamente- de los pastores de la corriente liberacionista:

“La situación de la Iglesia...se asemeja en muchos rasgos a la de la Universidad. La capacidad que alguna vez tuvo de orientar y formar a los que entraban en contacto con ella en el respeto y aprecio de los valores evangélicos, la está perdiendo aceleradamente en manos de las numerosas sectas que brotan en su seno como consecuencia de la perplejidad doctrinal y disciplinal en que se debate.”³⁴

³²CRITERIO N° 1597; 11/6/1970, “La desaparición del general Aramburu”; pág. 379

³³Editorial del día 13 de agosto de 1970, publicada en BOTANA, N., BRAUN, R y FLORIA, C. **El régimen militar. 1966-1973**. Buenos Aires, La Bastilla, 1973; pág. 91-92.

³⁴Idem, pág. 95.

Algunas Conclusiones:

Es evidente que la emergencia del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, que desde 1967 instalaron en el país y en Latinoamérica el debate al interior de la Iglesia Católica sobre la conveniencia o no de la participación de los católicos en los movimientos armados revolucionarios, no pudo pasar desapercibida para una revista que –como Criterio- se proponía desde hace casi treinta años contribuir a la conformación de una suerte de *intelligentzia católica* nacional. La prédica de los grupos “liberacionistas” que en el marco de la Conferencia del Episcopado latinoamericano reunida en Medellín en 1968 diferenciaba la ‘injusta violencia de los opresores’ y la ‘justa violencia de los oprimidos’ obligó al grupo Criterio a elaborar algún tipo de toma de posición con respecto al tema. Así durante ese mismo año 1968, frente a esta nueva suerte de teología latinoamericana de la violencia, la revista recurrió a su permanente tradición de recuperar los debates doctrinarios que se llevaban a cabo en el Viejo Continente, y publicó dos colaboraciones especiales de filósofos católicos franceses: “Iglesia, revolución y coexistencia” de Robert Bosc³⁵ y “Reflexiones cristianas sobre la violencia”³⁶ de Joseph Folliet. Uno de esos artículos incluso cierra con una reflexión del obispo liberacionista Dom Helder Camara que:

“Entre el Che Guevara, guerrillero desesperado, y Martin Luther King, campeón de la no violencia, eligió el segundo. Como él, estimamos al Che Guevara, pues todo hombre que signa sus convicciones con su sangre es digno de estima. Como él, preferimos a Martin Luther King y su no violencia.”³⁷

La convicción que primará entonces para el análisis de la situación de la violencia en Argentina tendrá sintonía con esa misma opción. Si bien los católicos –aunque la apelación es para todos los ciudadanos argentinos- debían optar por una “pedagogía de la paz” o de la “coexistencia”, los redactores de CRITERIO evitaban adoptar una postura ingenua que no reconociera a la violencia como un ingrediente latente de la política del momento.

³⁵CRITERIO, N° 1557 del 10 de octubre de 1968.

³⁶CRITERIO N° 1560 del 28 de noviembre de 1968.

³⁷Idem, pág. 874.

Insistieron en no filiar los enfrentamientos callejeros producidos en las ciudades del Interior con una “conspiración marxista internacional”, como lo querían mostrar desde los círculos gubernamentales. Era más bien en el fracaso de la política paternalista y de perpetuación de Onganía donde había que buscar la explicación del surgimiento de la violencia, en el bloqueo de los canales de participación y en la decisión de diferir una transición hacia un nuevo régimen democrático y pluralista. Pero , dentro del abigarrado colectivo que enfrentaba a policías y construía barricadas en Córdoba o en Rosario, había que diferenciar sí a aquellos grupos que, montados en una legítima frustración popular, y sustentados por intelectuales de clases medias y altas y por algunos miembros del clero, hacían del uso de la violencia un método sistemático para lograr sus propios objetivos políticos, eliminando físicamente a líderes sindicales o políticos como Vandor o Aramburu y creando una situación parecida a los prolegómenos de una guerra civil.

Los redactores de CRITERIO no solo atendían a esta violencia del “campo de la revolución”, también se mostraban alertas frente a los métodos que desde el Gobierno se comenzaban a utilizar para enfrentarla, métodos que –en las interpretaciones editoriales- parecían conducir más hacia la instauración de una dictadura negadora de los derechos elementales del hombre que hacia una reconciliación orgánica entre el poder y la opinión pública, que solo podría lograrse con el anuncio de un plan concreto de transición hacia un nuevo régimen político con nuevos actores y legitimado en la democracia pluralista.